



Foto: MAAO

CUENTOS BREVES

Enrique Mujica

LA PLANTA

A las ocho prendían la planta eléctrica y era como encender el sol radiante en aquella apartada factoría de oscuridades bárbaras.

Pero aquella noche el ingenio no respondió al mecate. Mr. Thomas llamó a Cecilio que era eventualmente su ayudante y le dijo: “Busca este tornillo allá en Vallecito y esta resorte para que prende el planta”, así le dijo, Mr. Thomas, confundiendo los verbos y los artículos y adelgazando las erres, en su ruinoso acento de trinitario.

Cecilio agarró la bicicleta y salió.

El dominó, el bingo y las barajas, tenían que esperar por lo menos dos horas en la paciencia de las tinieblas. Como a veinte kilómetros ida y vuelta quedaba Vallecito, el otro campamento.

Cecilio pedaleó como una hora larga a través de la noche, en aras de conseguir el tornillo y el resorte. Los ochenta obreros y Mr. Thomas lo esperaron impacientes a la luz de las velas. Cecilio regresó como a las nueve. Ahí fue que Mr. Thomas, irrevocablemente fiel a sus confusiones idiomáticas, le preguntó afirmando: “¿Ya conseguí?”, a lo que el otro le contestó, entre el desdén y el jadeo: “Menos mal que ya conseguí, porque yo no conseguí nada”.

LA RECONCILIACIÓN

El jefe, Ramírez y Gregorio se disgustaron con la Catira. No le comieron más su comida y se fueron del rancho para una posadita que tenía, por ahí cerca, don Vizcaíno. Era verdaderamente un sacrificio, porque en esa posadita, don Vizcaíno, como decía Gregorio, los mataba con unas patitas secas de venado y una sopita clarita de frijoles. Ellos pasaban de lejos por el rancho y les llegaba el olor de los sancochos, del cochino frito, del guiso

de chigüire, de las tajadas fritas, del mondongo, de la carne asada, y de otros tantos potajes y pescados, cachama frita, coporo y palometa. A veces, cuando la Catira los veía que pasaban tímidos, ella misma, como para torturarlos, cortaba a propósito un pedazo de sebo de la carne gorda y lo metía entre las brasas. Era un poco menos que imposible resistirse a la tentación de aquella succulencia. A la semana volvió el jefe. La Catira, que como su cocina era una mujer metida en carnes, bonita, dicharachera, dijo cuando lo vio: “Carajo, ya llegó el primero, vamos a ver cuánto aguantan los otros orgullos”. Entonces él le dijo, al oído de todos y abiertamente: “No, Catira, déjate de vaina. Vamos a contentarnos, perdóname”. Ramírez y Gregorio aún resistían contra el asedio, pero poco a poco se les fue desmoronando la fortaleza. A las dos semanas cayó Ramírez, que volvió cabizbajo, sin públicas disculpas. La Catira lo recibió con un banquete de obispo. Gregorio soportó dos meses el calvario, hasta que volvió casi llorando. Desde ahí, y hasta siempre, la Catira vino a resolver todos sus desacuerdos en la olla.

EL CANTANTE

El hombre, que bebía aguardiente todos los días, a veces no tenía con quien beber.

El aguardiente es como un lenitivo para la lengua, un remedio para el dolor de realidad, de manera que beber es hablar, que viene a ser como descargarse de cierta canción que uno necesita cantar. Y esto se ve porque uno lo que quiere es que lo acompañen.

En algunas ocasiones el hombre conseguía algo así como buenos cantores, pero otras veces se conseguía con gente sorda, sin mucho acervo musical interior.

Un día se consiguió con uno de esos sordos y empezó con los primeros tragos. Ahí se le ablandó la lengua y aparecieron como al galope las palabras, pero a las dos o tres cervezas el otro comenzó a ver el reloj, hasta que le dijo: “No, vale, yo me voy, tengo que hacer tal cosa”. Entonces fue cuando el hombre le dijo, casi en el desahucio: “No, chico, cómo te vas a ir, si ahora es que yo estoy como esas lagunitas veraneras, cogiendo agua”.

LOS TIGRES

Fue tal vez una de aquellas comisiones del Congreso de la República que recorrían los ámbitos rurales en funciones de estado, la que le llegó allá al viejo Luis Castillo, en los llanos de Apure. Él los recibió en la casa del ható con su chispa habitual y con hospitalidad campechana. Gente de

Caracas, de pajilla y corbata. Hablaban con el viejo Castillo con la insondable distancia del advenedizo. “¿Y hay mucho tigre por aquí, don Luis?”, le preguntó uno con alguna inocencia, a lo que don Luis le contestó, con eso que ya es historia: “Nooo, mijito, aquí lo que hay es venao, los tigres donde están es en el Congreso”.

EL SOCORRO

Cruzando calles, autopistas, túneles, semáforos, colas, cornetas, vericuetos, de frenazo en frenazo, con el corazón en la boca, llegó el hombre a Caracas, al lugar donde tenía que dejar el pasajero.

Por primera vez andaba en aquellos laberintos infernales, el chofer campesino que en el vértigo del extravío sólo pensaba en los humildes aires de su pueblo.

Había llegado ahí, porque de metro en metro, lo había guiado el pasajero. Pero cómo hacía ahora para devolverse solo, cómo tanteaba un rumbo si ni siquiera tenía la referencia de los próximos pueblos, cómo salía de ahí, encandilado como estaba, en medio de aquella conmoción de espejos, en medio de aquel deslumbramiento de andamios siderales.

Así que no anduvo ni media cuadra en su silvestre albedrío. Al primero que vio le preguntó en su acento: “¿Pacia dónde me queda la salía el Socorro, cámara?”. Era como preguntar en Nueva York por El Socorro, un pueblecito lejano y desconocido que quedaba como a quinientos kilómetros de ahí.

“¿Qué Socorro, vale?”, le dijo el otro como en las tinieblas, a lo que él, con cierto tono de reclamo, le replicó extrañado: “Guá, El Socorro, chico, El Socorro, más alante Tucupio, más allá e Las dos bocas”.

ARREGLO PARA EL DESCANSO

Ya en la madurez de la vida, Leoncio, un benefactor del pueblo, decidió construirse su propio mausoleo, su propia fosa. Recorrió el cementerio de Los Bancos y escogió un recodo sombrío bajo unos guásimos, justo por donde se divisaba un claro de sabana que se perdía en la lejanía. Ahí estuvo por un momento aspirando el misterioso aroma de aquella intemperie, matizado de jazmines y mastrantos. Eligió el sitio exacto y dejó una marca sobre la tierra umbría. Posteriormente contrató a unos hombres del oficio para llevar a cabo aquel proyecto íntimo y laborioso. Entonces se apostó no muy lejos, desde la sombra, sentado en una silla, para vigilar el trabajo. Fue una asidua comparecencia, metódica y exigente, tanto que alguna vez

le dijo a uno de los obreros, con voz de mando: “Mira, esos ladrillos, ahí, están torcidos, ¿acaso que eso va a sé pa ti?”.

LA PELOTA DE PLAYA

Antúnez llegaba todas las noches borracho, pero con esa especie de borrachera que preserva inexplicablemente la sobriedad y el equilibrio, una forma de sonambulismo que apenas se insinúa en el brillo vidrioso de los ojos y en la persistencia de una sonrisa impersonal sin motivaciones y sin causas. Una noche llegó con una pelota inflable de playa, de colores muy vivos, para Morelita, la niñita mimada de los residentes. Antúnez compró seguramente la pelota desinflada y luego de caminar muchas cuabras inflándola, llegó a la residencia. Alguien, que le tenía ojeriza, agarró la pelota, le quitó el taponcito y comenzó a sacarle el aire. El tufo de aguardiente concentrado inundó la sala en un incendio, pero la cosa no se quedó ahí solamente, pues el ocioso, entre las risas y las burlas, prendió un yesquero y se lo puso en la espita a la pelota. Entre los comentarios y los chistes, se desbordó la hilaridad de los inquilinos. El globo flácido y triste de la muchachita se había convertido asombrosamente en un lanzallamas.

LA CÉDULA

“Mire, Mayor, esta cédula está vencía”, le dijo el guardia al viejo que venía en el carrito por puesto.

“No, chico, vencío toy yo –le dijo el viejo– esa cédula es nuevecita”.

EL VENERABLE

Se cuenta como de entre las mismas raíces de la ignorancia, de la feraz historia de la penumbra humana, de un médico ruso que anduvo amputando y cociendo rotos en la guerra de Crimea. Que había alcanzado tal notoriedad de sabio, de curador de todo, tal un mismo Dios, que los hombres en sus manos dejaban de temer la muerte por atroces que fueran sus estragos. El caso que lo pontifica es aquel en el que le trajeron un hombre sin cabeza en una carreta unos campesinos. El venerable les preguntó por la cabeza, en otros intereses. Ellos le dijeron, con grande paciencia, considerando en poco la falta, que venía detrás, no lejos, en otra carreta de posta.

FUENTEOVEJUNA O EL LIMÓN

Los limoneros vivían en el infierno.

El cacique del pueblo ya sobrepasaba los límites del escarnio. Un don

Corleone rural, con todos los derechos divinos y humanos multiplicados por el oprobio. Intimidación, sicariato, ventajas innobles, derecho de pernada y hasta lo indecible. Pero la gente andaba en sus entrañables designios, en la efervescencia de su sangre, en lo imprevisible. El hombre lo temía y estaba en la pista de una conspiración visceral e inocultable. Preparó un plan de espectacular alevosía. Se hizo el muerto con todos los pormenores del ritual. Velorio pomposo y multitudinario, con plañideras escandalosas y con liturgia de alquiler. Se atrincheró en el lecho de muerte y desde el ataúd oía las voces de los enemigos, los planes ocultos para eliminarlo, percibía el odio en las voces ebrias, en la risa de los que en voz baja celebraban el mortuorio, el justo fin; sentía la indolencia de los que lo maldecían ahí, en la boca de la urna, los aliviados por la muerte infalible, los agradecidos ante el dios justiciero. Pero todo estaba preparado por la intimidad de aquel imperio. El hombre debía bajar al sepulcro y desde ahí se iba a levantar, con sus señalamientos y con sus reclamos sangrientos, contra fulano y fulano y fulano, contra los sediciosos descubiertos con nombre y apellido. Así fue, se levantó el hombre de la tumba y a grito partido incriminó, acusó y denostó a este y a aquel y a aquel. Pero la multitud se hizo una turba incontenible, se amotinó. “Usted está muerto –le dijeron– usted está muerto”, y se encendieron todos los rencores y se abalanzaron sobre él y lo sometieron, y le repitieron: “Usted está muerto”, y lo enterraron vivo.